



CAPITULO VIII

La tisis de la mesocracia

Antes de la conferencia Creelman

En 1908, había tal costumbre de obedecer, tal aplastamiento de los caracteres, tal cobardía inyectada por un terror de treinta años, tal destrucción de fibras eréctiles, tal agotamiento de nervios macerados en desvergüenzas, tal empobrecimiento de dignidad, tal ausencia de ambición por aparecer animal humano, tal vicio de degradarse experimentando espasmos de canallismo, tal pavor ante la sangre seca que manchaba la mano de hierro, y ante los deshuesamientos realizados por sus *massages*, que se admitía, antes de la conferencia Creelman, la casi segura imposición de Corral, la que se sancionaba con la frase de muchedumbre con alma de sardina: “¡Qué se ha de hacer, nada es posible contra la voluntad de ese hombre!” Dulcemente, procurando no disgustarlo, se le había pedido que preparara leyes orgánicas, adaptables a la sociedad, no orgánicas de la Constitución ideal de 57; se le había pedido que preparara un hombre, y no había querido. El trance imponía resignación, pues nadie se atrevía a pensar en derrocar a un coloso nadando en oro, custodiado por guerreros incorruptibles y crueles, que podían elevarse a medio millón, disponiendo de la elocuencia de todos los altos intelectuales, y de todas las injurias y calumnias de la “apachería

mental" y de la inmensa turba de granujas; disponiendo, además, del apoyo del Clero, de la Banca, de la Agricultura, de la Industria, del Comercio, de cuatrocientos jefes políticos que mantenían al país en estado de catalepsia, y sobre todo, de Wáshington, que si era necesario, apoyaría al "predilecto" con quince millones de soldados, cien mil cañones, y torrentes de oro para comprar y matar rebeldes.

Mientras él viviera, no había temores de derrocamientos ni de que siquiera fuera sacudido ligeramente. "El Imparcial," anunciaba que seguía siendo el César un roble, cada día más roble. Los seis años de la séptima reelección, se los bebería de un sorbo, y casi seguro los de la octava, novena y décima. Muy serias opiniones de médicos, le aseguraban por lo menos, treinta años más de vida, enteramente consagrada a la patria. Era prematuro y de gente histérica, ponerse acongojado por la probabilidad de un mal no posible antes de un cuarto de siglo, y casi imposible antes de doce años. La anarquía, no la conocían las dos generaciones vivientes; los viejos, exageran todo lo bueno y malo de sus tiempos; preocuparse por lo que no fuera el día siguiente, no era digno de mexicanos; a vivir y a gozar, con el deseo tibio y vergonzante y casi ridículo por el momento, de que los "científicos" no heredasen la omnipotencia del demiurgo.

Y la República seguía siendo un salón de baile, con su buen tablado a toda prueba: las costillas y los espinazcos de las clases populares, que a veces crujían; pero los arquitectos del Imperio, habían asegurado que podían resistir por largos años, por todos los que duraran las reelecciones.

El apogeo faraónico de 1902, que ya dibujé, se sostenía: ricos y pobres, magnates y mendigos, altivos y rastreros, honorables y rufianes, valientes y cobardes, todos obedecen, todos tiemblan por dentro o por fuera, todos saborean la perdiz, la trufa o el mendrugo del tacañismo, en el misterio eucarístico de la omnipotencia del demiurgo. Las bocas, se pegan a los coturnos

del César, los Grandes Cruces se doblan ante los lacayos del Capitolio, y sienten angustia cardíaca, si sus miradas no les son dulces; los pudores, son atacados por un fuego mahometano de volatilización; los caracteres, se disuelven en éxtasis de prostíbulo; todas las rodillas se encuentran en el suelo y todas las almas en la abyección. De los pebetes cerebrales de escribas y poetas, jueces, silfos, magistrados, héroes, se desprende el humo blanco y tibio de la mirra de Siria y se escucha sin solemnidad, con perfume de templo ateo, el "*Gloria tibi*," himno ya fastidioso que dura lo que la púrpura en los hombros del César, o mientras es fuerte.

En ese período de vértigos inexplicables y de *nirvanización* en el éter que brota de la persona divina, el Dictador todo lo puede: el crimen que concibe, es al momento ejecutado; el desatino que suelta, aplaudido; la baba que se le cae, recogida y arrojada en el cáliz de la comunión de los leales; el reblandecimiento moral es deseado, el escupitajo de lo alto, bebido, la desvergüenza, honrada como pudor, el cieno, lamido como néctar. Todos se sienten canallas, y se aprueban, se sonríen, les sudan las manos, se les enfrían las rodillas; es que han entrado en el paroxismo estercolar. Y es cuando en los brindis, se ofrece ir con el César a la *ignominia*; lo que no agrada a los concurrentes, porque equivale a dudar de que llevan ya mucho tiempo de estar en ella.

Casi todos esos festivos, terminan como la cácareada cena de Baltasar, que ya nadie quiere que se la citen por ser flor de la *literatura cursi*, pero en lo *cursi* puede existir lo verdadero y lo patético. En el caso de México, fué Baltasar quien escribió las palabras fúnebres que, traducidas del zapoteca al español, fueron: "Ya el pueblo mexicano está apto para la democracia, lo que en lenguaje de la ciencia quiere decir: ya el pueblo mexicano está apto para arrojarme al puente del "Ipiranga."

La conferencia Creelman

La primera vez que en México tuvo lugar la farsa de una convención electoral, con el objeto de designar candidato presidencial de un partido político, fué en mayo de 1892; y los trabajos para organizar esa convención, tuvieron lugar en abril del citado año, a lo más tres meses antes del día fijado constitucionalmente para las elecciones presidenciales. Se comenzaron, por indicación del general Díaz, los trabajos para la cuarta reelección en febrero de 1896, cinco meses antes de las elecciones. En octubre de 1899, nueve meses antes de las elecciones presidenciales, el Partido Nacional Porfirista, con cohetes, repiques, dianas y poesías de un mal gusto de falansterio burocrático, aclamó en la ciudad de México la quinta reelección del "Perpetuo." En mayo de 1903, diecisiete meses antes de las elecciones de julio de 1904, se inauguraron los trabajos para la inevitable sexta reelección, y en abril de 1908, veintiséis meses antes de las elecciones de 1910, el general Díaz acordó que se comenzaran los trabajos de la séptima reelección.

Los hechos citados prueban, que la ambición de continuismo del Príncipe, seguía la ley de los grandes vicios, ser progresivamente acelerados. No hay, pues, nada de anormal en esa avidez, injustificada para el vulgo, porque ella no anticipaba el día de las elecciones, no influía en que fueran inevitables. La crítica elevada, nada encuentra qué decir, reconociendo que la marcha de la avidez tiene que ser paralela a la marcha de la degeneración, ajustándose a los preceptos generales de la deplorable psicosis.

Obró el general Díaz obedeciendo a las exigencias de su morbo, acordando que en abril de 1908 comenzaran activamente trabajos ficticios decorativos, de brocha petrificada, para su séptima reelección; y al público no le hubiera sorprendido que habiéndose

hecho cargo de la Presidencia por sexta reelección el general Díaz el 1º de diciembre de 1904, hubiera ordenado los trabajos para su séptima, el 1º de enero de 1905. Lo que sí sorprendió a las galerías, fué la famosa conferencia Creelman.

Todos los críticos con tamaños o rabones, han procurado conocer cuál fué el objeto de esa conferencia que, por unanimidad, declaran fatídica e imbécil.

Yo creo que, en primer lugar, tuvo por objeto despistar al Presidente de los Estados Unidos, Mr. Roosevelt, brusco, impulsivo, francote, que había hecho profesión de fe republicana al ordenar la evacuación de Cuba, y que aun cuando admitió para él una segunda reelección, podía repugnarle la séptima en un anciano de ochenta años, sobre todo, cuando los sorbos del continuismo eran de seis años de período presidencial. En la conferencia Creelman, se lee una doctrina inaceptable en la América anti-reeleccionista, cuya emisión por el Caudillo, tuvo por objeto halagar a Mr. Roosevelt.

Decía el Príncipe, en la llamada conferencia Creelman: "no puedo ver una razón convincente por la que el Presidente Roosevelt no fuera electo de nuevo, si la mayoría del pueblo americano desea que continúe en la Presidencia. No cabe la menor duda de que Mr. Roosevelt es un hombre fuerte, puro, un patriota que comprende y ama a su país. El temor americano por un tercer período, me parece sin fundamento. No puede haber cuestión de principios en esa materia, si la mayoría del pueblo de los Estados Unidos aprueba su política y desea que continúe en su obra. Este es el punto de real y vital importancia: si la mayoría del pueblo lo necesita y desea, que continúe en la Presidencia." Por de pronto debo decir, que el general Díaz gozaba con la manía de que todo gobernante debe ser reelecto para que continúe su obra. La obra de gobernar nunca se acaba, todos los gobernantes tienen obra pendiente; y serían imposibles las democracias, si se acordara la menor atención a la pamema de

la "*continuación de la obra.*" En el párrafo que acabo de copiar, el general Díaz hace el bombo latino a la candidatura de Mr. Roosevelt, para su segunda reelección, lo halaga, lo unta con esa pomada que para él gastan sus aduladores, y sostiene el "continuismo" eterno, aduciendo que basta que la mayoría del pueblo lo quiera. Se le olvidó decir, que un pueblo que tiene de esa clase de mayorías que quieren *continuismo*, no puede ser demócrata. No hay igualdad de posición entre uno y otro Presidente, porque el mexicano tiene siempre a la mayoría del pueblo, en el tercero o quinto cajón del pupitre del segundo mecanógrafo de su secretario particular.

La discreción en la diplomacia, es rígida, y es muy serio, peligroso y fuera del protocolo, que un Jefe de Estado se lance públicamente a tratar y decidir las cuestiones graves de política interior de otro país. Se exponía el Caudillo, a una carga cerrada al denuesto por los partidos norteamericanos, enemigos de Roosevelt, y a echarse la enemistad personal del sucesor de Mr. Roosevelt. El general Díaz, era incapaz de rozar siquiera las cuestiones internacionales, sin su experto y muy acreditado Ministro de Relaciones, licenciado don Ignacio Mariscal; por consiguiente, el párrafo que comento, prueba que el señor Mariscal, consultado al efecto, no quiso o no pudo evitarlo, y que ambos venerables ancianos, octogenarios y escleróticos, realizaron una pifia.

Seguramente, que para despistar al hirviente e impulsivo Mr. Roosevelt, y que no pusiera veto imperial a la séptima reelección, el general Díaz le disparó una de las mejores mentiras de su bien provisto almacén, pues dijo: "cuando mi actual período termine, me retiraré de la Presidencia, cualesquiera que sean las razones que mis amigos y partidarios aduzcan en contra, no volveré a servir ese cargo. Cuando esto suceda, tendré ochenta años."

Hasta aquí lo dedicado a Mr. Roosevelt, y luego sigue lo interesante para los mexicanos: "vería con gus-

to que en la República surgiera un partido independiente, si apareciera lo vería como una bendición y no como un mal. Y si fuera capaz de desarrollar poder bastante para gobernar y no para explotar, me pondría de su lado, le ayudaría, le aconsejaría y me olvidaría de mí mismo en la inauguración de un gobierno enteramente democrático para mi patria."

Este párrafo extraño, que por de pronto conmovió a toda la nación, menos a cinco o seis "*científicos*," prueba que había combinación del espíritu reseco y estéril del general Díaz, y del de un hombre de talento que ponía en juego toda su ambición. Hay que analizar el párrafo:

Desde luego, se observa que el general Díaz está resuelto a dar de baja al llamado Partido Nacional Porfirista, porque no era posible ponerse del lado, ayudar y aconsejar, a la vez, a dos entidades políticas rivales, de conducta necesariamente pública, excluyendo la perfidia.

Después, se observa que el general Díaz confirma su ignorancia en ciencia política. Cree posible que aparezca un solo partido político independiente; cuando esto sucede, lo que aparece es una autocracia con su partido político, como el partido de Manuelito Godoy, bajo el reinado de Carlos IV, el Rasputín bajo el Czar Nicolás II, el de la "Mazorca" bajo don Manuel Rosas y el del coronel Tovar, bajo Porfirio Díaz. El César zapoteca, ignoraba que era imposible la existencia de un verdadero partido político, único: la libertad no lo consiente; o tiene varios hijos, por lo menos dos, o ninguno. El general Díaz, era un político que antes de degenerar, había entendido la política de los dictadores guiado por el instinto de su ambición, pero respecto a la política de otras formas de gobierno, si abría la boca era para lanzar un desatino.

Por otra parte, todos los partidos políticos son independientes; si dependieran de un amo o de otro partido político, ya no serían partidos políticos. En México, se llama partido político independiente, a toda

facción enemiga del gobierno, aun cuando no tenga más principio que desprestigiarlo y derrocarlo ateniéndose, "al quitate tú para que me ponga yo." Inadmisible era que el general Díaz resolviera retirarse de la Presidencia, para acaudillar un partido de oposición, y recobrarla a fuerza de intrigas, infamias, comedia, agitación y cuartelazo. Debo enseñar, que para el general Díaz, partido independiente significaba el formado por personas que no vivían del gobierno en calidad de empleados o funcionarios. El Caudillo, se sentía remojado en baño de atarjea con la impopularidad del llamado Partido Nacional Porfirista, que el público denominaba lacayería o barbería, y la prensa americana, banda de empleados hambrientos y corruptos. El orgullo de su familia, se sentía lastimado de que el hombre designado por Tolstoi como un "prodigio de la naturaleza," debiera sus reelecciones a la protección que le dispensara una asociación impopular de sus empleados, más que impopulares. Se buscó el modo de aristocratizar algo a la banda cursi que afeaba lo solemne de la Dictadura, y con reata al cuello se colocó en la presidencia al aristócrata capitalista don José María Landero y Cos, quien aceptó el puesto, a reserva de no desempeñarlo. El Partido Nacional Porfirista, producía en el orgullo de la familia imperial, escozor insoporable.

El general Díaz, tampoco estaba contento con el partido "científico," les conocía su impericia de flabelíferos, Pineda era impropio para "flamen," la heterodoxia de los "científicos" brotaba de su semblante, y su lenguaje no agradaba por lo herético. Eran, sin duda, unos ateos frente al Altar, y al ídolo le caían mal, como se lo dijo a Reyes Espíndola: "Al hablar o al escribir hacen profundismo." Sobre todo, siempre le habían querido imponer al César un programa de gobierno, y como no se les admitía, lo aconsejaban en público, se lo dictaban en sus discursos, agitaban los ánimos y hacían, como lo gritaba el ministro don Joaquín Baranda: "punible labor antipatriótica."

No hubo tal conferencia Creelman; el general Díaz hizo una especie de manifiesto político, para impresionar a dos naciones: la norteamericana y la mexicana. Se escribió, seguramente con el asentimiento del licenciado don Ignacio Mariscal, y probablemente sugerido por el licenciado don Manuel Calero. El Partido Nacional Porfirista era, en realidad, el partido del triunvirato Reyes, Dehesa, Baranda; pues como ya lo dije, los porfiristas incondicionales, los dehesistas y los reyistas eran los mismos, en liga amable, amistosa, con los antirreeleccionistas, patrocinados, primero, por don Filomeno Mata, y después, por el primer caudillo de la anarquía, don Francisco I. Madero.

Un acontecimiento bufo debió haber borrado toda impresión en el país relativa a la conferencia Creelman. El patriarca de los demagogos, don Filomeno Mata, solicitó del demiurgo una audiencia con el objeto de aclarar puntos oscuros de la conferencia Creelman. El general Díaz negó la audiencia, pero por carta que publicó el "Diario del Hogar," lo que aclaró fué, que estaba decidido a aceptar su séptima reelección. Semejante declaración pública, después de haber asegurado que irrevocablemente se retiraría de la Presidencia, rebajó bastante la fuerza moral que lo apoyaba, más que si hubiera perdido una gran batalla, porque los cañones del ridículo son los que más derrumban situaciones sólidas.

*
*
*

Efectos de la conferencia Creelman

Los pueblos fueron educados durante centenares de siglos, en el dogma de que sólo la Divinidad tiene títulos para gobernarlos por medio de sus legítimos representantes humanos. Al desconocer los pueblos el derecho divino, exigen ser gobernados por los más aptos y respetables, pues la respetabilidad personal ha sido siempre un prestigio para gobernar. Si los pueblos

llegan a aceptar el gobierno personal plebeyo, aspiran a que sea el más apto del país, reclaman que sea un intelectual, sin perjuicio de que posea sable, y en el caso de que le falte la cualidad de intelectual, exigen que sepa rodearse de intelectuales. Por consiguiente, lo que demanda la opinión pública, ante todo, de un gobierno, es la aptitud, más que la probidad.

Eldictador indefinidamente reelegible, está obligado, si no quiere tener en contra la opinión pública que, según él, admite como autoridad antes de degenerar, a figurar como el más apto del Imperio; por lo tanto, en la política cesarista que tiene por objeto quitar de los ojos del pueblo a todos los aptos políticos, es condición repugnante, anti-social, pero necesaria, que el dictador disculpe sus impopulares reelecciones con su *necesarismo*. Nada más racional en el dictador, que su odio a la institución Vicepresidencial.

Si ese dictador se ve obligado, por fuerza mayor como el general Díaz, a crear la Vicepresidencia, es indeclinable que procure escoger a un Vicepresidente igual a cero, como lo hubiese sido el señor Mariscal, o a una persona que por ambición se deje infamar hasta causar el asco y desprecio de la nación. No hay que cargar la mano a don Ramón Corral por su sacrificio heroico, de tragar un largo festín de "indigeribles," por tal de obtener la Vicepresidencia; abundaban, y abundan en México y en el mundo, los ambiciosos dispuestos a mayores sacrificios. Por lo tanto, un Díaz en el orbe, siempre puede fácilmente encontrar para Vicepresidente un Corral. Don Ramón Corral, no ofreció a los mexicanos ni a la Historia el primer caso de un alto funcionario que aguantara lo que le aguantó al general Díaz, que lo cubriera de escupitajos hasta permitirle en ellos ejercicios de natación. El caso prueba que, entre las pasiones, la que más deforma a los hombres colocándolos abajo de las bestias y aun de las algas, es la ambición.

Si era patriótico pedir al general Díaz patriotismo para que preparara a un hombre que recibiera la heren-

cia de su poder, salvando a su país de la anarquía, era irracional que el César rechazara designar Vicepresidente a un simple mortal honrado, y no odioso a la nación; era pretender enfriar el sol con un soplado, eso de que el general Díaz se fijase para la Vicepresidencia en personas simpáticas a la nación, y que las rodeara de prestigios y fuerzas materiales y políticas, para cuanto antes convertirlas en otros colosos. La Vicepresidencia es racional en países latinoamericanos, donde está prohibida la reelección, donde el período presidencial es de cuatro años, y donde la Cámara de diputados no tiene facultades de "Convención Jacobina."

Es claro, que si un Presidente de ochenta años de edad, ha preparado para la Vicepresidencia a un adulto inteligente, patriota, enérgico, probo, político de buena cepa, agradable al pueblo, satisfactorio para las colonias extranjeras, el orden de cosas así establecidas tendrá partidarios firmes, resueltos, heroicos, capaces de sostener la paz contra todo proyecto de revuelta de los descontentos.

En este caso, la dictadura ha dejado de ser un hombre, convirtiéndose en una institución mejor que las monarquías absolutas, en las que la persona sucesora del soberano puede ser una mujer analfabeta e histérica, un niño sarnoso o un adulto o viejo despreciable.

En el caso del hombre preparado con prestigio y elementos para asegurar la continuación pacífica del orden de cosas establecido, nada importa que el Presidente tenga ochenta o cien años, que esté degenerado y padezca de cáncer en cada víscera, y de estupidez en cada idea, porque nadie le hace caso. Todos se van a la segura, a la cargada, al sol que nace con elegancia y prometiendo vida y perfumes al país, al Vicepresidente, que gobernará más cada día, en razón inversa del tiempo que le falta al octogenario o centenario para morir. Y si el decrepito resiste a la debida y patriótica postergación, suena el cuartelazo que lo acuesta en el destierro, o en la tumba temida o no te-

mida, poco importa. Si el Presidente octogenario quiere morir en su puesto, es preciso que acepte vivir como un parásito más o menos despreciable de la nación, al cuidado y bueno o mal trato del Vicepresidente.

Antes de llegar a tan triste situación para un demiurgo, o para un remendón de zapatos del proletariado, la retirada definitiva al hogar con todos los honores, se impone; pero un demiurgo al disfrutar del período en que el país se le ha convertido en linterna mágica de su morbosa imaginación, cree que cada día está más apto para las funciones de gobierno ultra-personal, y en consecuencia, en vez de retirarse se afianza más que nunca en su programa de eternidad genitiva. Es otra empresa ultra-necia, pretender que un demiurgo se retire a la vida privada voluntariamente; su regla es: mil veces muera la patria, y un millón de veces el mundo, antes que perder una hora de poder. Y el que no piensa así, no es demiurgo.

La política tan agradable de los demiurgos, para entregar a la anarquía a los países víctimas de su ambición, ofrece peligros respetables, que ni siquiera imaginan. Cuando los pueblos notan que lo que el César de ochenta años les está preparando, y que no cesa de prepararles, es la revolución, cada cual trata de desligarse oportunamente del gobierno, por de pronto, y de observar cómo y cuándo será esa revolución, con el objeto de componerse con lo que venga, dar la "manchincuepa" y caer bien parado. Al sonar que la revolución se viene encima, escuchan todos los comprometidos un punto de atención. Si el gobierno aparece decididamente poderoso, se le ofrece a gritos la última gota de sangre, el último peso, el último pensamiento y la más estupenda de las adulaciones. Si el caso es dudoso, hay escurrimiento de partidarios y simpatizadores, por todos los poros de la inconsistente situación. Llega la hora del triple canto del gallo.

Pero si el Presidente tiene ochenta años de edad y no ha preparado sucesor vigoroso, el triunfo de cualquiera revolución, por débil que se inicie, es casi se-

guro, o mejor dicho, seguro, en virtud del siguiente estado mental del país que ha fabricado su constante pastel de ideas. Cada cual se dice, o dice: si el demiurgo hubiese preparado una situación sólida sobre su tumba, mis intereses me obligarían a sostenerlo; supongamos que el "decrépito" triunfe de una revolución; al morir, otra revolución desgarrará su testamento; y como todo lo que haya dejado es pura polilla, la revolución triunfante, de carácter punitivo atroz, como todas las personalistas, me arruinará con sus venganzas; de manera que voy a exponer todo lo ya adquirido, sin ganar más de lo que pueda aprovechar en los dos o tres años que restan de vida al César. En el caso del general Díaz, fuera del puñado de los ocupantes del "Carro Completo," nadie tenía ya qué ganar mientras viviera; y sí todo que perder al triunfar una revolución; en consecuencia, el interés humano imponía la desertión general en las filas del gobierno, y sonreír y agasajar a la revolución.

Ante el pueblo, en 1908, el general Díaz aparecía colosalmente fuerte e invencible, cuando en realidad era un gigante con pies de arcilla reseca, y cabeza de cucurbitácea. Era indispensable algún fenómeno que descubriera la debilidad del coloso, bien tapada por las apariencias de inagotable fuerza. El primer caudillo de la anarquía, don Francisco I. Madero, publicó su sensacional libro "La Sucesión Presidencial." Fué el reactivo que puso en claro la pequeñez del coloso, atrofiándose progresivamente por su incurable degeneración. Es indispensable no perder de vista que la gran fuerza del gobierno del general Díaz, para sofocar y remoler cualquier revolución, consistía en la inmensa cantidad de oro que poseían las arcas públicas, y en la limpieza y prestigio del crédito del gobierno en el extranjero. Con masas de oro en México, toda revolución tenía que ser pulverizada, porque no podía haber más que dos motivos que la fundasen, el hambre de las clases populares y la sed de robo de la mesocracia, y en particular, del proletariado intelectual. Pero el *taca-*

ñismo nulificaba completamente todo el poder del gobierno, y era imposible prescindir del *tacañismo* porque los cerebros estaban licuados y no enseñaban al gobierno dónde estaba su fuerza y dónde su debilidad.

Volviendo al libro del apóstol de la anarquía, hay que calificarlo de mamarracho jacobino de lo más vulgar. El autor, después de una requisitoria tremenda contra el demiurgo y su obra, termina recomendando la séptima reelección y aceptando que el Vicepresidente sea impuesto al país por el Presidente, escogiéndolo entre sus amigos, exceptuando a don Ramón Corral y al general Reyes.

Siendo el libro una requisitoria de enorme efecto popular, la Dictadura no debió haber permitido su circulación y debió haber castigado ejemplarmente al autor. El libro es trascendente, más que todo lo que se había publicado contra el César, porque admite lo que se empeñaban en negar "El Imparcial" y todos los gobiernistas: la posibilidad de la revolución; peor aún, admite el triunfo de esa revolución, que sería muy costosa en sangre y en toda clase de desgracias; todavía peor: se amenaza al César con la revolución, si no respeta el voto de un pueblo ya apto para la democracia y la libertad de su sufragio, reconocida por el mismo César en su conferencia Creelman. Ahora bien, cuando un dictador soporta que impune y públicamente se le amenace con la revolución en un libro de escándalo, es porque ya enérgicamente se iniciaron formidables, la revolución y el pánico en el Capitolio.

Era el momento en que el general Díaz debió haber procedido con todo rigor contra Madero y su familia, como estaba obligado por el código muy conocido de los dictadores; era el momento de aplicar al revolucionario y a su familia que lo apoyaba, toda la maquinaria terrorífica; el terror judicial y fiscal, el terror del matonismo por duelistas y rijosos, y si no se serenaba el ánimo público, la ley fuga. Tolerando el libro, el general Díaz hacía pública y solemne renuncia de la dictadura, y su caída era indiscutible, porque los demagogos

vencedores, de ningún modo y por ningún motivo le permitirían ni un minuto más en el poder. Ellos habían aceptado la séptima reelección, porque lo tomaban por el tigre que ordenó la matanza de los trescientos obreros en Orizaba y que aplaudió la matanza ejecutada por el general Reyes en Monterrey. Ante la actitud infeliz del César, convertido en momia de museo, dos frases llenaron la atmósfera; todos los enemigos del orden que se deshacía, gritaron: "ya no son los tiempos de antes, y el general Díaz sabe que ya es preciso aflojar y que no se puede apretar." Los amigos del gobierno, lívidos, rabiosos o desmoralizados, comprendieron su ruina y exclamaron: "*¡ya no hay hombre!*"

El libro del apóstol de la anarquía, sirvió para devolver al vulgo la confianza en las palabras del general Díaz, de que ya el pueblo estaba apto para la democracia, y de que él, Díaz, iba a hacer su paraninfo después de treinta años de ser su paracleta.

Aunque se había adquirido la idea de que la revolución era posible y de seguro triunfo, nadie la quería, porque en el concepto general no era necesaria: todo estaba arreglado, el Príncipe no se opondría a que la nación eligiera libremente al Vicepresidente. Se aceptaba la séptima reelección oficial, a cambio de una primera elección popular. ¿Qué más quería?

Era evidente que una elección libre recaería en el general Reyes, que con todas las reglas del arte y durante veinticuatro años la había amañado, obrando en *feliz combinación con el general Díaz*, que, sin querer lo había preparado para sucesor. La exhibición rabiosa del general Reyes en la Secretaría de Guerra, le había sido funesta ante la mesocracia, que lo calificó de tirano centroamericano de la peor estofa. Pero sus partidarios, comprendiendo que no podían cambiar la impresión de su héroe en la opinión pública de peso, encontraron dichosa esa fórmula que barrió con la oposición mesocrática y consiguió delirante adhesión. "El general Reyes, proclamó el reyismo, es tirano pero no es ladrón."

El medio pelo social y las plebes, eran reyistas de nacimiento, de sangre, de raza, de fauna, de religión. El amor atávico del héroe, corriendo majestuoso en el cauce de los siglos, se derramaba en aquellas conciencias medio civilizadas o ásperamente bárbaras, pues veían, además de que las democracias se fabrican en los cuarteles, con sables y peroles de cartucheras cocidas, que el general Reyes los iba a obsequiar con una superior a la de Juárez (que ninguna obsequió). La prensa reyista había creado un general Reyes heroico, épico, que había asistido al sitio de Querétaro, al de Troya y a la batalla de Covadonga. En las cantinas, en los figones, en las pulquerías, en las escuelas de Jurisprudencia y Preparatoria, se oía el grito bélico: "Con mi general Reyes, a donde quiera y hasta la muerte, porque sí, y porque le arrastran....." Con tan elegante y profunda plataforma electoral, el nuevo demiurgo tenía asegurada la victoria, y para probarlo, todos los pechos de aquellos demócratas intransigentes se empavesaron con claveles rojos.

Las clases ricas aceptaban al general Reyes, como al salvador único de la anarquía, reventando en los funerales del César, antes del canto del primer *De Profundis*. No había en esas clases entusiasmo, porque el héroe no podía ser el *cuate* del aristocrático Príncipe; lo declaraban cursi al notar que todos sus retratos eran de perfil, como para postulación amorosa. No se conoce un retrato de frente del ilustre divisionario.

La gran masa rural era indiferente, no le descubría conciencia ni intereses políticos personalistas, ni el militarismo español destructor de su raza; la llevaba a algún paraíso, aun cuando fuera de fandango casero con bocoy de aguardiente.

Entre el pelotón de "científicos," porque no llegaban a partido, la mayoría estimaba la situación con profundo espíritu de ciencia y en una temperatura de serenidad, juzgaba acertadamente: en 1903 y hasta agosto de 1909, el hombre popular, el deseado por la nación, el que habría retardado la revolución hasta

después de la muerte del general Díaz, era el general Reyes, si se le hubiese designado Vicepresidente antes de que creciera el pequeño Madero.

*
* *

¿Era inevitable la revolución?

Numerosas son las personas de templado caletre, que aseguran que si el general Díaz deja la elección Vicepresidencial libre en 1910, el general Reyes habría resultado electo y la revolución no habría hundido al país. Más numerosas son las personas que dogmáticamente asientan, que si el general Díaz, inflexible en su demencia, no se hubiera empeñado en imponer a Corral, la paz no se hubiera turbado, y México rebosaría de salud, prestigio y riqueza.

Desde luego, hago notar que el general Díaz no podía obrar más que como obró. Cuando un hombre se halla poseído por una pasión degenerada en vicio suicida, no sigue más línea que la del desastre, bien trazado por esa pasión. Los vicios de la embriaguez, del juego, de la lujuria, no se quitan con consejos, ni observaciones, ni doctrinas. Decir: si el general Díaz no hubiera obrado como obró, México se habría salvado de la revolución, es igual a decir: si tal loco hubiera estado cuerdo, no hubiera cometido determinada locura. El criado de Rabelais, decía: "si París fuera aguardiente y cupiera en una botella, ya me lo hubiera bebido."

En las afirmaciones favoritas del público, que acabo de citar, se encuentra, profundizando un poco, el siguiente absurdo. El delito de imponer a Corral no fué consumado, sino frustrado, porque Corral no llegó a ser Presidente, y como Vicepresidente agachado, ningún mal causó al país, ni faltó a las leyes, ni molestó a persona alguna, ni siquiera dió motivo a que se sintiera su existencia. El delito frustrado por el general

Díaz, aun cuando hubiera sido consumado, nunca podía tener por efecto diez años, por lo pronto, de revolución social con nervios de anarquía salvaje. Esos efectos no los produce un hombre, sino un pueblo en excepcionales circunstancias, que no tienen lugar ni una vez en veinte siglos o más.

Por otra parte, el general Díaz llevaba treinta años de cometer el delito de imposición en la Federación y en todos los Estados; más aún, había impuesto a don Ramón Corral como Vicepresidente en 1904, sin que la imposición causara perturbaciones, más que las que él había autorizado a sus sirvientes incondicionales, para atacar soezmente a los "científicos." ¿Por qué la alharaca volcánica de 1908? De 1904 a 1908, Corral, como hombre público había sido irreprochable, ni en lo más mínimo había disgustado a la opinión pública; los "científicos" estaban en 1904 tan satanizados ante el país, como en 1908. El peligro de que la Vicepresidencia de Corral se convirtiera en Presidencia, era indudablemente mayor en 1910 que en 1904, pero no dejaba de ser terrible en dicho año de 1904, porque ya el general Díaz había alcanzado los setenta y cuatro años de edad. ¿Por qué esa enorme diferencia de efectos políticos, causados por la misma imposición de Corral en 1904, y la causada en 1910?

Porque el César no era el mismo. En 1904, todos temblaban ante sus cóleras, se le creía inviolable, invencible, intransigente en su idea de omnipotencia, sanguinario hasta donde fuera preciso, antes que conceder un pliegue imperceptible en su autoridad de amo absoluto del país. Un año antes de 1904, al saber que la población de Monterrey, que proclamaba su sexta reelección y lo aclamaba como a un dios caldeo, había sido tiroteada y desangrada por la ferocidad del general Reyes, aprobó el crimen y dió la consigna a la Cámara de diputados de que inmediatamente absolviera al criminal, acusado por los ciudadanos don Antonio Díaz Soto y Gama y don Camilo Arriaga. Esa conducta de verdadero tirano de la antigüedad, deformando a un

hombre civilizado y civilizador, la explicó el mismo César al licenciado don Joaquín Casasús, presidente de la Cámara de diputados, diciéndole: "si yo consiento en que una población me cubra de flores y de toda clase de halagos, con tal de hacer su voluntad en el régimen de ese Estado, y rechazar al gobernador que crea conveniente imponerle, tengo que dar por concluída mi misión, mi autoridad y mi honra."

Los balazos disparados en Monterrey, en 1903, contra una manifestación popular política, decorada con mujeres y niños, silbaban en la cobardía de los enemigos de la Dictadura, parapetados detrás del odio a los "científicos;" y aquéllos, al ver que el César, inflexible en 1903, se encontraba invariable en 1904, se agacharon, disimulando su enfado, y las clases políticas, burocráticas o extraburocráticas, besaron, como siempre, la pajuela del látigo, y cantaron el *Gloria Tibi*, el *Te Deum Laudamus* y el "Ave César, 2 de Abril."

Esa actitud de recogimiento de carneros frente al gigantesco lobo que los mira, exigiendo culto de dios creador, misericordioso, vengador, que lleva treinta años de enseñar a la opinión pública que sólo le permite plegarias y jaculatorias, nunca un berrinche, ni menos una protesta, ni mucho menos una amenaza de revolución, ni el proyecto vago de imperceptible gesto de resistencia, duró hasta que el apóstol de la anarquía le arrojó a su cara de esfinge cofta, el libro de la "Sucesión Presidencial," en que se le amenaza si no entrega la Dictadura, y lo convierte en reo de populacho, en petate para fandango de cacle, y se le baila en las narices una revolución que será sangrienta, pero que al fin, dice el apóstol Madero, triunfará. Esa fué la verdadera causa de la revolución, la misma revolución anunciándose en el palacio nacional, dando al demiurgo los buenos días, y la mala noticia de que sobre él estaba el pueblo, y que ese pueblo estaba apto para la democracia, según afirmación del mismo César, derramada en la conferencia Creelman. No

fueron, pues, Limantour ni los "científicos," ni la imposición de Corral, la causa inmediata de la revolución, sino Madero, el iconoclasta que empuñó el hacha y le rompió la crisma al ídolo; y quien puso el hacha en manos del pigmeo, fué la conferencia Creelman.

Debo deshacer el error general de que el Caudillo impuso a don Ramón Corral. El 28 de marzo de 1909, la "Convención Reeleccionista" postuló al general Díaz y a don Ramón Corral para Presidente y Vicepresidente de la República. Inmediatamente, el Príncipe, para hacer imposible en el público la impresión de que imponía a don Ramón Corral, ordenó al Partido Nacional Porfirista, que a él lo postulara para la Presidencia de la República, pero que se abstuviera de hacer postulación para la Vicepresidencia. La opinión pública juzgó, con exactitud, que el general Díaz se reservaba designar la candidatura Vicepresidencial, en espera de los acontecimientos; y en consecuencia, todo mexicano ortodoxo tenía el deber de esperar, prosternado en las gradas del altar, que de los labios del demiurgo saliera el nombre del candidato; y entretanto, todos debían abstenerse de ser corralistas. Aun era permitido a todo porfirista, mientras más leal fuera, combatir la postulación de Corral, e insultarlo. Y si esa conducta se permitió a los porfiristas irreprochablemente ortodoxos, con mayor razón los mexicanos independientes podían impunemente mostrarse anticorralistas, como lo hicieron. Sin ese permiso de combatir rudamente el corralismo, no hubiera habido jiras, ni prensa, ni verbenas contra don Ramón Corral.

Veinte días antes de las elecciones presidenciales de 1910, el gran Partido Nacional Porfirista postuló a don Teodoro Dehesa, gobernador del Estado de Veracruz, para la Vicepresidencia de la República. Esa postulación, era otro permiso a los mexicanos para que no votaran por Corral, con tal de que lo hicieran por Dehesa.

Al llegar las elecciones presidenciales de 1910, es un

hecho que el general Díaz dió a los gobernadores de los Estados la consigna de "saquen a Corral," pero al país le dió la consigna de "saquen si quieren a Dehesa." Desde el momento en que el Partido Nacional Porfirista estaba acreditado como la voz ortodoxa de su amo, como su voz *ex-cátedra*, como recitador de sus encíclicas pontificales, todos los miembros de ese partido votaron por Dehesa, con peculiar agrado del Príncipe, y todos los ciudadanos mexicanos pudieron hacer lo mismo, porque para ser miembro del Partido Nacional Porfirista, no se necesitaban solicitudes, ni padrinos, ni bolas blancas y negras, ni logias masónicas, ni fórmula, trámite o ceremonial alguno. Bastaba, como lo había expresado por escrito y públicamente el tal partido, la voluntad individual, y declararlo. Si los más serviles hubieran dicho a los jefes políticos, no voto por Corral sino por Dehesa, porque soy miembro del Partido Nacional Porfirista, autorizado por el señor general Díaz para que sufrague por el señor Dehesa, el votante dehesista hubiera sido respetado y aun felicitado por su cordura. Tengo la convicción de que el proyecto del general Díaz, fué que votaran a Dehesa los electores, sublevándose cariñosamente contra los jefes políticos, y así burlarse de los *científicos*, cumpliendo la palabra de dar consigna a los gobernadores para que sacasen a don Ramón Corral.

¿Por qué no resultó electo don Teodoro Dehesa?

Porque no hubo electores en la elección; en la gran mayoría de los comicios, se hicieron las elecciones como siempre; las hizo la policía como cualquier servicio de recoger basura o levantar perros muertos. Los gobernadores dieron la consigna de votar por Corral al pueblo imaginario, y fueron obedecidos.

La inmensa mayoría del verdadero pueblo, faltó a su compromiso de ir a las urnas, como lo había preceptuado el apóstol Madero, con paso legal y marcha fúnebre de Calvario a depositar su voto, todo el mundo resuelto a morir inerme, pero glorioso al pie de las urnas cesaristas. El proyecto de Madero, fué llevar al

pueblo a las urnas, no a la revolución, y obligar al general Díaz a un acto de violencia contra toda la impotente masa popular, o a recibir esa ola de desprecio nacional en su séptima reelección. Madero fracasó, y era claro que si no había logrado llevar al pueblo a las urnas, menos habría de lograr llevar al pueblo frente a las burlonas bocas de las ametralladoras, ni a sufrir los tremendos golpes mortales de una campaña con un gobierno sostenido por formidables elementos propios, y por los Estados Unidos.

*
* * *

¡¡Meditación!!

La Dictadura, como lo he probado por mi análisis, había dejado de ser el gobierno orgánico de México. La dictadura estable, reposa en su clásico tripié: bienestar material estacionario o creciente del pueblo; corrupción de los Grandes, o sea de los más aptos según el medio, para tenerlos quietos; terror, para limitar las concupiscencias de los Grandes, y mantener agachados y temblorosos a toda clase de rebeldes mentales.

La primera pata del tripié, estaba completamente hecha pedazos; el jornal real de la mayoría del pueblo, era la cuarta parte del que disfrutaba cien años atrás, y su marcha tenía la dirección de la muerte por hambre. La segunda pata, la había hecho trizas el *tacañismo*: todos los favores del poder eran para los del "Carro Completo," el del señor Limantour y el del Príncipe; ocupado éste, casi en su totalidad, por extranjeros y miembros de su familia. Tanto el César, como su Vicario, sostenían el sistema Rasputín. Quedaba el terror, con el que se puede marchar algunos años, y ciertos pueblos muchos años; y ese gran elemento, el único que seriamente sostenía a la dictadura, pues la miseria del pueblo la olía todo el mundo, y el *tacañismo* era aborrecido por las clases explotadoras del go-

bierno, fué arrojado el terror a los demagogos, pedazo por pedazo, sin dignidad, sin desdén militar, sin gesto de conversión a la democracia, sin disculparse con alguna virtud fingida.

Los que conservábamos el contacto con la realidad, los estrujados por ese pesimismo que engendran las decepciones; envuelto nuestro espíritu por los crespones de duelo ante la muerte de lo racional; con una angustia indecible y estremecimientos de ahorcados, veíamos cómo aquel anciano loco, destrufa los beneficios de la Fortuna, cómo despedazaba las claves de todas las bóvedas, los fustes de todas las columnas, las moles de todos los cimientos, y cómo iban cayendo piedra a piedra, vigueta a vigueta, dovela por dovela, piso por piso, todos los componentes de una paz sucia, pero de civilización, durante treinta años.

La revolución era segura, si al general Reyes no le entregaba su sucesión el general Díaz. Que esa revolución hubiera triunfado o fracasado, no implica que no estuviese al frente de la patria la revolución, mientras el general Reyes no hubiese desaparecido del seno de los vivientes. La paz, como tanto lo han dicho, era la ambición del gobernador de Nuevo León, y había que ceder patrióticamente para quitarle al país de encima una revolución, antes de que muriera el César.

Ahora bien, el general Díaz estaba derrumbado por haber destruído él mismo, con su colaborador Limantour, la dictadura, única forma de gobierno orgánico del país. ¿Hubiera el general Reyes reconstituído la dictadura estable y civilizada?

El vulgo necio, confunde la dictadura con la tiranía, y es evidente que para tirano, ninguno mejor que el general Reyes. ¿Dónde estaban sus palabras o sus hombres que probasen el conocimiento de los grandes problemas económicos fundamentales, de vida o muerte para el país, que había desconocido el señor Limantour? La primera pata del tripié, tenía que mantenerse destrozada. La segunda, el *tacañismo*, era más grave en el general Reyes que en el general Díaz y Liman-

tour. Dicho general Reyes, era un político de promesas brillantes a la hora de la pesca de partidarios. El sistema de Rasputín, estaba indicado en la codicia de Rodolfo; si el general Díaz y el señor Limantour se habían impopularizado con la política de los "Carros Completos," bajo la dictadura del general Reyes debía surgir la política de la "Motocicleta Completa," Rodolfo manejándola, y agarrado atrás el cuñado, el licenciado Dávila. El terror, lo usaría el general Reyes como sistema, y no como recurso de último extremo, según lo había usado el general Díaz, caracterizándose por un máximo de benevolencia. Un gobierno que establece el terror como sistema, no es estable. Ya lo dije, hay dictaduras orgánicas, la tiranía jamás es orgánica. El gobierno del general Reyes, habría sido peor que el del general Huerta.
